

# De la identidad

ROMÁN GUBERN

Universidad Autónoma de Barcelona

---

## About Identity

### Abstract

Between 1974 and 1975, Claude Lévi-Strauss led a multidisciplinary seminar titled *L'Identité* in which eleven members of the French academic community gave lectures. The proceedings were published in 1977 by Éditions Grasset et Fasquelle, including a prologue and conclusions by Lévi-Strauss himself, the latter in collaboration with Jean-Marie Benoist. Of note, in the conclusions Lévi-Strauss perceptively stated that the utilization of the term identity must always be preceded by a criticism of such notion, and remarked that identity is a "kind of virtual locus we have no option but to refer to because it accounts for a number of things, but it does not have a real existence".

**Key words:** Claude Lévi-Strauss. Cultural diversity. Social cohesion

---

### Resumen

Entre 1974 y 1975 Claude Lévi-Strauss dirigió un seminario interdisciplinar titulado *L'Identité* en el que impartieron conferencias once miembros de la comunidad académica francesa. Al publicarse en 1977 por parte de Éditions Grasset et Fasquelle, apareció con un prólogo y unas conclusiones escritas por Lévi Strauss, las últimas en colaboración con Jean-Marie Benoist. En dichas conclusiones escribe lúcidamente Lévi-Strauss que toda utilización de la noción de identidad debería comenzar por una crítica de esta noción. Y añade que la identidad es "una especie de foco virtual al que nos resulta indispensable referirnos para explicar cierto número de cosas, pero sin que tenga jamás existencia real".

**Palabras clave:** Lévi-Strauss. Diversidad cultural. Cohesión social

---

Entre 1974 y 1975 Claude Lévi-Strauss dirigió un seminario interdisciplinar titulado *L'Identité* y cuyo tema le había sido propuesto por Jean-Marie Benoist, profesor de filosofía y luego agregado cultural en la embajada de Francia en Londres. En el seminario impartieron conferencias once miembros de la comunidad académica francesa, y, al publicarse en 1977 sus textos por parte de Éditions Grasset et Fasquelle, apareció con un prólogo y unas conclusiones escritas por Lévi Strauss, las últimas en colaboración con Jean-Marie Benoist. El resultado constituyó una reflexión colectiva ejemplar y, tal vez por su polifonía, ha merecido poca aten-

ción por parte de los estudiosos de la obra de Lévi-Strauss. Sin embargo, la centralidad que ha ido adquiriendo en años posteriores la cuestión de la identidad (individual y colectiva) en el seno de las ciencias sociales bien merece que dicho texto sea rescatado del olvido.

Habría que comenzar esta reflexión recordando que ni el multiculturalismo ni el mestizaje cultural son cosa de hoy, a pesar de haber ocupado una especial centralidad mediática en los últimos años. Fueron ya multiculturales, como es bien sabido, la Samarkanda del siglo X y el Toledo del

siglo XII. Pero el mestizaje y el multiculturalismo han emergido desde hace poco como “un fantasma que recorre Europa” –parafraseando a Marx–, aunque a veces se trate de un fantasma invertido, visto como horizonte de esperanza, al modo que el proletariado percibía en el siglo XIX el prometedor fantasma comunista. Y la reciente victoria electoral del presidente afroamericano Barack Obama en Estados Unidos, hijo de un keniano en un país de mayoría WASP, abunda en la misma dirección.



Aunque a los antropólogos les fascine el estudio de las sociedades remotas y aisladas, en las que han pervivido ritos y costumbres milenarias, todos concuerdan en que el ideal de las sociedades postindustriales se define por la máxima diversidad cultural que consienta su cohesión social, pues la monocultura es lo propio de las sociedades endógamas y autárquicas, como algunas que todavía pueden hallarse en la Amazonia que Lévi-Strauss visitó en su juventud.

Hasta aquí hay consenso teórico en los principios. Pero el problema práctico, o político, reside en determinar en qué límite concreto se identifica la amenaza a la cohesión social. En 1919, el Congreso norteamericano, al aprobar la *Volstead Act*, definió categóricamente que el consumo de bebidas alcohólicas amenazaba gravemente la cohesión de la sociedad norteamericana. Ya sabemos que unos años más tarde aquella decisión puritana se derrumbó, demostrando que las fronteras de lo socialmente

permisible pueden mudar espectacularmente en breve plazo de tiempo. Los nazis tenían muy claro que los judíos y gitanos (entre otros) amenazaban la cohesión social bajo el Tercer Reich; el estalinismo soviético opinaba lo mismo de los predicadores religiosos (entre otros). De manera que aquellos regímenes perseguían el ideal de la homogeneidad social de todos arios o todos proletarios materialistas. Y el islamismo wahabista ve su sistema social amenazado por la concesión a las mujeres del derecho a la igualdad jurídica con los varones. El general Franco percibía que la cohesión social estaría amenazada por la admisión de los partidos políticos y las autonomías regionales. Y seguramente algunos conservadores actuales ven una grave amenaza a la cohesión social en el reformismo del actual sistema autonómico, del mismo modo que algunos catalanes y algunos vascos perciben una amenaza a su identidad en los flujos migratorios o en el bilingüismo.

Dicho esto, es menester añadir que la cohesión social no es una magnitud que pueda medirse empíricamente con la seguridad con que medimos los pesos o las longitudes. Si fuera así, el problema tendría fácil solución. Cuando residí en Estados Unidos a principios de los años setenta, la opinión pública todavía aceptaba que su sociedad constituía un ejemplo de *melting pot* bastante satisfactorio, a pesar de que todavía coleaban los problemas de integración escolar de la población afroamericana en algunos estados sureños. Pero al final de la década siguiente comprobé que algunos observadores sagaces en aquel país preferían definir a su sociedad, no ya como *melting pot*, sino como *fruit salad*. Porque, en efecto, acudiendo simplemente al índice matrimonial, se comprueba lo escasas que son allí las bodas entre anglosajones y afroamericanos, o entre judíos y afroamericanos, o entre estos grupos y los de origen asiático. En este punto, sigue primando el principio tradicionalista que prefiere a cada oveja con su pareja.

El asunto de la cohesión social está íntimamente ligado al manoseado tema de la identidad, tema del citado seminario dirigido por Lévi-Strauss. Con sano escepticismo, escribió el antropólogo en el prólogo del citado libro que la fe que depositamos en la identidad “podría no ser más que el reflejo de un estado de civilización cuya duración habrá durado varios siglos”. Todavía estamos en este estadio, aunque es bueno recordar que los sujetos tienen múltiples identidades superpuestas y simultáneas: tienen identidad sexual, profesional, local, religiosa, etc., en algunos casos bastante jerarquizadas. Para un fraile devoto seguramente su identidad prioritaria será la religiosa, mientras que para un militante en un movi-

miento gay lo será probablemente su condición homosexual. En muchos otros casos la jerarquización de identidades no es tan nítida.

Las identidades, con sus respectivos imaginarios diferenciados, unen y separan a los sujetos y no pocas veces la separación está basada en lo que Freud calificó como "el narcisismo de las pequeñas diferencias", poniendo como ejemplo los desencuentros históricos entre españoles y portugueses. Querer instrumentalizar a Lévi-Strauss a favor de una militancia identitaria, con intención política, constituye una grosera manipulación de su pensamiento. En las conclusiones del seminario citado escribió lúcidamente Lévi-Strauss que toda utilización de la noción de identidad debería comenzar por una crítica de esta noción. Y añadió que la identidad es "una especie de foco virtual al que nos resulta indispensable referirnos para explicar cierto número de cosas, pero sin que tenga jamás existencia real". Resulta difícil expresarse con más clarividencia con tan pocas palabras.

*L'identité*. Séminaire dirigé par Claude Lévi-Strauss, Quadrige, Presses Universitaires de France, Paris, 1983.